

ta judío que vive en Francia, a la que ve como «el pueblo elegido de la nueva religión», de la religión de la libertad, con París como «la nueva Jerusalén»¹⁰. Todos ellos tienen, en definitiva, al menos un rasgo decisivo en común: ven la salvación en el pueblo *ajeno*, ya sea una Austria volcada míticamente hacia Asia, la Rusia convertida en el Oriente de Europa o la Francia como sede de las libertades aherrojadas en la querida, íntima Alemania de Heine (seguramente el poeta más *alemán* que haya tenido esa tierra). Otros románticos van a morir a una Grecia real, pero idealizada en sus empeños (Lord Byron, en Missolonghi), o ideal, pero realizada en sus versos (Hölderlin, en la torre sobre el Neckar).

¿A qué seguir? Por cierto, nada más ridículo ni falso, tras lo que hemos visto, que la banal acusación de que el romanticismo haya engendrado el sentimiento *nacionalista* que se apoderará de Europa en la segunda mitad del siglo pasado, con su epicentro en la guerra franco-prusiana (denostada por Nietzsche, ese romántico rezagado, sin patria, el solitario de Sils-Maria y de la Piazza Minerva romana, y que ingresa en la noche de la locura en Turín). El destino del romántico es el mismo de *Melmoth, el errabundo*. Y como el apátrida romántico se encuentra extraño en el tiempo y espacio en el que le ha sido dado vivir, como su intrínseca constitución es ucrónica y utópica, *inventa* un pasado mítico, esencial: la India en Schlegel y Görres, la Grecia pelágica en Creuzer, una Edad Media ideal en Novalis; o bien construye espacios imaginarios en los márgenes, allí donde Europa se encuentra —o se encontró, *in illo tempore*— con África y el Islam, levantando así el arabesco, enseguida degenerado en *patische*, de unas brumosas y caballerescas España o Sicilia, o bien de Grecia y Hungría como escudos —permeables— contra el imperio otomano.

Pero el sueño más grandioso del movimiento romántico es *escatológico*: está en el futuro de una tierra ya existente, y sobre la que el poeta se desplaza, inquieto; una tierra, empero, que en su desgarramiento ha olvidado lo que ella, de siempre, ha sido y sigue siendo. Una tierra, pues, *fuera de sí* (de este modo devuelve el poeta a sus contemporáneos la acusación de locura). El movimiento romántico es el grupo, despreciado y temido a la vez, *portador de la invención de Europa* como patria común y, también, como promesa *in nuce* de una humanidad reunificada, en la que el arte vuelve a ser naturaleza, pero ahora de manera orgánica, articulada: no la Europa de las alianzas principescas que defendiera ilustradamente el Abbé de Saint-Pierre, no la *Gelehrtenrepublik* de Wieland ni la *Weltrepublik* kantiana, ni tampoco la Europa de la Santa Alianza (aunque Schlegel y Görres creyeran ilusionadamente que ella habría de ser el *instrumento* temporal de una reunificación popular, tras la que la Alianza se autodisolvería), ni mucho menos la Europa de las naciones de Disraeli, Bismarck o Napoleón

¹⁰ Englische Fragmente (1828). En: P. M. Lützel, Europa. Frankfurt/M. 1982, pág. 461.

III (al contrario, esa Europa, desgarrada en guerras fratricidas, supondría el final del movimiento *histórico* del romanticismo). El sueño romántico de Europa es el de una *Europa de los pueblos*, magníficamente diversos en sus recuperadas señas de identidad lingüística y cultural, y unificados, no mediante una liga de Estados o naciones, sino bajo una instancia *espiritual*, ajena a la lucha entre Estados. Sin este componente unificador, centrado en la religión, el movimiento romántico resulta incomprensible. Los diversos miembros de esta *Geistesbrüderlichkeit* se separan, desde luego, en la propuesta de concreción y centralización de esa instancia: pero para todos ellos, Europa será un continente plural en lo cultural y político pero unificado, cohesionado por la religión, o no será. Unos, siguiendo a Joseph de Maistre y Chateaubriand, ven en el Papado ese poder supremo, justamente por la exigüidad de los dominios temporales del Papa. Así lo entienden, por un tiempo, Friedrich Schlegel o Vincenzo Gioberti. Otros, como Giuseppe Mazzini, sueñan con una confederación republicana de pueblos surgidos de la levadura de razas y culturas irredentas, sin configuración —por fortuna, creen— como Estado-nación: Polonia, la nación mártir, despedazada; la Italia del *risorgimento*, o la Alemania capaz de sacudir de sí el doble yugo de Austria y Prusia. La *Giovine Europa*, ese movimiento de proscritos, enlazaría así armónicamente las tres estirpes: eslava, latina y germánica.

Los románticos liberales, en fin, como Heine y Victor Hugo, creen en una verdadera transfiguración —transustanciación, diríamos— de Francia, que se autosacrificaría al derramar generosamente por entre las naciones «menores» los ideales de libertad, igualdad y progreso, guiados por la estrella polar de la ciencia y convirtiéndose así —como el *Empédocles* de Hölderlin— en el ave fénix del que surgiría la humanidad. Nada más romántico que el mito hugoliano de esta autosupresión, reflejado en el discurso de salutación a la Exposición Universal de París (1867): «¡Oh, Francia, adiós! Tú eres demasiado grande para no ser más que una patria. Uno se separa de su madre que se ha convertido en diosa. Todavía un poco de tiempo y te desvanecerás en la transfiguración. Eres tan grande que no vas a existir más. Tú no serás Francia, tú serás la humanidad... y lo mismo que Roma se convirtió en la cristiandad, tú, Francia, te conviertes en el mundo»¹¹.

Un poco de tiempo más, sólo tres años, y Francia y Prusia (los dos centros de cultura y poder por cuya unificación, con centro en París, *capitale de l'Univers*, combatiera el Schlegel dubitante del *Reise nach Frankreich*¹²) se enfrentarían en una guerra premonitoria de las catástrofes mundiales de nuestro siglo.

¿Qué había ocurrido? ¿Cuáles son las razones del fracaso del ideal romántico de Europa? Dos fáciles salidas, tan extremas como inocuas, se han

¹¹ En: D. de Rougemont, *Tres milenios de Europa*. Madrid 1963, pág. 245.

¹² Cf. KA VII, 56-79.

dado; la primera es la más común: el romántico, al fin poeta aun cuando escriba historia (como Schlegel), se ocupe de economía (como Adam Müller) o investigue los mitos y el folklore del pasado europeo (como Creuzer o los hermanos Grimm), es incapaz de comprender los mecanismos *reales*, económicos, industriales o geopolíticos, que movían la Europa restauracionista, y por ello se forja en su delirio un mundo *ad hoc* al que escapar, librándose así ilusoriamente de una realidad que le asquea. Según esta concepción, cara a un Lukács tardoconverso, ser romántico es sinónimo de ser *reaccionario* o, en el mejor de los casos, nostálgico frustrado (caso Hölderlin) o inoperante (caso Bécquer). Esa opinión olvida el hecho palmario de que las fuerzas de verdad reaccionarias, sea por el ejercicio fáctico del poder (el príncipe de Metternich, Guillermo Federico IV o Nicolás I), sea por su apoyo ideológico (Joseph de Maistre, Donoso Cortés, Jaime Balmes, el nacimiento de la neoescolástica en Italia, y luego en Bélgica) se opusieron vigorosamente a ese movimiento, al que acabarían aplastando con tanta mayor facilidad cuanto que los románticos —al contrario de saintsimonistas, fourieristas, socialistas o fabianos— nunca constituyeron movimientos organizados de masas (algo que habría ido contra su propia definición), sino un conjunto de *individuos* dispersos y aún en lucha entre sí (*Die romantische Schule*, de Heine, es un buen ejemplo de este afán autodestructor, en su purismo).

La segunda salida podría ser tildada de *ultrarromántica*: como buenos utopistas, los románticos habrían adelantado ideales, incomprensibles para su época, y que sólo ahora encontrarían una posibilidad de hacerse efectivos. Buena prueba de ello sería el clamor actual en torno a una nueva religión, la virulencia de insurrecciones populares en nombre de etnias irredentas o masacradas en nuestros días, como en el caso del derrumbamiento de la Unión Soviética o la desmembración de la Yugoslavia titista. Podría incluso creerse que esta concepción (el romántico como profeta de los cataclismos de este final de siglo) habría sido ya adelantada por los acontecimientos del pasado siglo. Por ejemplo: bastaría con leer el alegato *Pour la Serbie* (1876) de Victor Hugo, arrebatado llamamiento a Europa contra las atrocidades de Achmet Pachá contra el pueblo serbio, para darse cuenta de que el horror es el mismo (sólo que ahora sería Serbia, con el apoyo más o menos tácito de Croacia, la que se aprestaría a eliminar —purificación étnica— los restos bosnios del imperio otomano). Leamos algunos elocuentes pasajes, cambiando mentalmente Balak por Sarajevo, o por Motzar: «En esta misma hora, muy cerca de nosotros, ahí, bajo nuestros ojos, se mata, se incendia, se saquea, se extermina, se degüella a los padres y las madres... tal o cual ciudad, por ejemplo Balak, queda reducida en algunas horas de 9.000 habitantes a 1.300»¹³. ¿Y quién no aprobaría la conclusión

¹³ En: D. de Rougemont, op. cit., pág. 258.